

LA DE LOS
OJOS OBLICUOS



GUILLERMO
JIMÉNEZ



NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILOLÓGICAS

LA DE LOS OJOS OBLICUOS
(EMOCIONES)

GUILLERMO JIMÉNEZ

Yanna Hadatty Mora
Presentación

Gabriel M. Enríquez Hernández
y **Braulio Aguilar**
Edición

Christian Sperling
Notas

Novelas en Tránsito
Primera Serie, 15



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie, 15

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Braulio Aguilar, Joshua Córdova, Gabriel M. Enríquez Hernández,
César García Gómez, Gustavo Jiménez Aguirre, Verónica Hernández
Landa Valencia y Luz América Viveros Anaya

Guillermo Jiménez, *La de los ojos oblicuos. Emociones*

La novela corta: una biblioteca virtual

Primera edición: 30 de marzo de 2023

D.R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional
de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Gonzalo Fontano

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6807-9

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Transición y convergencia en <i>La de los ojos oblicuos. Emociones</i> de Guillermo Jiménez <i>Yanna Hadatty Mora</i>	7
<i>La de los ojos oblicuos</i>	
I. La de los ojos oblicuos	21
II. Ésta era una amiga gentil... ..	23
III. En el <i>tea room</i>	25
IV. Como la desiderata de Daudet	27
V. El mercader de libros	29
VI. Historia de una nube	31
VII. Mi amada no gusta de los libros	33
VIII. Un seno pequeño	35
IX. Pajaritas de papel	37
X. Música epistolar	39
XI. Grageas	41
XII. Y se perdió en la lluvia de las hojas... ..	43
XIII. <i>Le souvenir d'autres yeux</i>	45
XIV. Diálogos furtivos	47
XV. Serenamente... ..	49
Noticia del texto	51
Guillermo Jiménez. Trazo biográfico	53
Notas	55

PRESENTACIÓN

Transición y convergencia en *La de los ojos oblicuos*.
Emociones de Guillermo Jiménez

Yanna Hadatty Mora

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El conocimiento que se tiene de la novela lírica en Latinoamérica se refuerza al leer obras como *La de los ojos oblicuos* (1919). En sus páginas recorreremos no únicamente una historia de amor y desamor, narrada de manera ligera y con mucha libertad, sino que somos espectadores de la modernización de las costumbres de los jóvenes, de lo más evidente a lo más profundo. Presenciamos cómo desde entonces hacen suyo un lenguaje juvenil de moda, de una cierta clase social, con préstamos del inglés que generacionalmente sienten que les pertenece: marcadas en cursivas aparecen palabras inglesas como *klaxon*, *dear*, *flirt*, *smart*, *sport*, *skater*, *tea-room*, *magazine*, *snob*, *spleen*, *basket*, no todas ellas igualmente incorporadas al español actual. Algunas describen costumbres y giros hoy perdidos, que se fueron desvaneciendo a lo largo del siglo xx, o se reemplazaron por

las adaptaciones al español: el *sport* se hizo deporte, las *skater*, patinadoras; o bien se tradujeron, los *magazines* pasaron a ser revistas ilustradas, el *spleen* se hizo tedio. Entonces, lo que se pretendía muy moderno, escribir con palabras a la moda del momento, se vuelve anticuado y el lenguaje revela el envejecimiento de un mundo, más que de solo un texto. Estas expresiones alternan además con otras provenientes del francés, ya olvidadas, relegadas a personajes que se ridiculizan: *bibelot*, *cachette*, *cocotte*, o *leit-motiv*, originalmente alemana, pero aquí escrita de manera afrancesada. De manera muy sutil esto marca el tránsito de la hegemonía europea —marcadamente francesa para los intelectuales de México— hacia una norteamericana. No únicamente en términos económicos, sino también sociales y culturales.

A otro nivel, somos espectadores de las costumbres que se narran, asistimos a los espacios que se recorren; visualizamos la moda, los paseos, la cultura en boga. Todos estos elementos trazan un panorama distinto al de la historia política, que nos recuerda que en 1919 apenas se apaciguaba la lucha armada después de la Revolución mexicana. En esta novela breve, en cambio, el tiempo externo, el de la Historia con mayúsculas, no tiene cabida. Tampoco la geografía, pues no sabemos dónde ocurre realmente. Al interior la historia de los personajes —todos cosmopolitas— se marca por los tiempos

del enamoramiento, de la ausencia, de los encuentros públicos y privados, tiempo que puede ser infinito entre dos citas. También de la frivolidad, de una juventud aparentemente sin preocupaciones económicas, deseosa de ignorar su presente, creando un imaginario en que ni el trabajo ni los estudios ni las referencias al contexto histórico son relevantes.

Las novelas cortas de la época ofrecen, además, un repertorio de actividades para el esparcimiento, el tiempo libre, la vida social. Remar y pasear en un lago dentro de la ciudad, dejarse ver en los salones de té, ocultarse de la mirada ajena para un momento de romance a bordo de automóviles, visitarse en un departamento de soltero. En un momento en que la moral es contraria a los encuentros extramatrimoniales, esta novela nos brinda testimonio de que estos modos de amar en la juventud temprana existieron desde hace mucho, aunque a escondidas, para mantenerse a salvo del qué dirán que sancionaba sobre todo a los sujetos femeninos.

Pero ¿qué encontramos en las páginas de *La de los ojos oblicuos*? El relato se divide en quince episodios brevísimos. No siempre la relación entre ellos se puede entender de manera concatenada o sucesiva, y en realidad el orden no es muy determinante. Se trata de la evocación de una relación amorosa ya concluida de un narrador personaje, masculino y joven. Se combina con el breve recuento

de haber estado enamorado sucesivamente de diversas amigas, desde su infancia. No todas las aludidas fueron compañeras amorosas: incluye la historia de alguna vecina pobre, que cose por dinero desde niña dentro de su cuarto para sostenerse a sí misma y a su hermana inválida (asunto también abordado en “Aves perdidas”, relato del mismo autor, en el volumen de cuentos *La canción de la lluvia* de 1920). Temática del trabajo remunerado humilde de las mujeres que, por otra parte, abordan otros textos literarios de época: poemas, novelas y cuentos románticos, naturalistas y costumbristas.

Parecería que estamos contemplando únicamente estereotipos: cada personaje puede ser definido con uno o dos adjetivos que lo determinen y despersonalicen: el amigo mundano, la joven coqueta, el prestamista judío, la alcahueta norteamericana. La figura más importante entre ellas es, por supuesto, la joven mujer denominada “la de los ojos oblicuos”, de cuya relación con el narrador trata centralmente el texto: la bella seductora. Pero nada de lo que se cuenta en la historia es preciso, sino que, como en los anuncios de las revistas, sólo quedan objetos al final de algunas de las estampas en que se divide el texto: un par de guantes, un vestido a cuadros, un cinturón de charol, un pañuelo con las iniciales bordadas. No tenemos claros ni un nombre, ni una nacionalidad, ni una edad; tampoco las correspondientes al narrador.

De manera adicional, tenemos un tema más preciso, no por eterno menos relevante: las emociones producidas por el amor de juventud. Sensualidad, complicidad, adoración, clandestinidad, devoción, desencuentros, pequeños rituales gozosos entre enamorados y que cuentan una mínima historia con episodios cuyo orden no parece importante. La acción es mínima: un narrador masculino en primera persona recuerda, con pretexto de un paseo con un amigo, haber amado apasionadamente a una mujer a la que nombra “la de los ojos oblicuos”. La estructura con todo tiende a la circularidad: inicia con dos amigos que reman en el lago despreocupadamente, uno de ellos es el narrador personaje, y son testigos del paso de la seductora al caminar con una sombrilla coqueta, y termina cuando el protagonista la ve seducir a otro incauto con ayuda de la amiga alcahueta, con la misma sombrilla y fingiendo inexperiencia y primer enamoramiento. Podría ser únicamente una larga evocación al verla pasar. Una historia más de la mirada masculina sobre el eterno femenino.

La frivolidad del personaje femenino y la meticulosidad en la descripción de su atuendo a ratos parece representar, más que a una persona, una condición de la modernidad, seductora, y de aparente asimilación. Cuando confiamos en que es nuestra, se torna huidiza y se nos escapa de entre los dedos. Sus atributos de frivo-

lidad y coquetería son con los que usualmente se estereotipan como pertenecientes a la juventud, a la mujer, al interés por las costumbres norteamericanas de ese entonces.

Comentario aparte merece el mercader de libros viejos con el que el narrador negocia. La descripción reproduce los prejuicios en torno al estereotipo del judío: codicioso, vil, desharrapado. Se lo representa para resultar equivalente a conceptos negativos, abre con énfasis en la suciedad a partir de la descripción de su ropa raída y miserable sin que se trate de un hombre pobre, y se cierra con la caracterización de avaricia al dar unas míseras monedas al joven estudiante a cambio de sus mayores tesoros: “Es un judío indecente, que experimenta una loca y cruel voluptuosidad en arrancar de nuestras manos a los mejores amigos”, es decir, los libros. No le importa la calidad de lo que se lleva sino ponerle precio y ganar en ese intercambio desigual. Conoce de los clásicos grecolatinos hasta el futurismo italiano, pero es “erudito a fuerza de mercantilismo”, y “se da toda la importancia de un banquero de la Quinta Avenida”, aludiendo a la calle más cara al comercio en Nueva York. Se convierte en el antagonista explícito del narrador. Llama la atención especialmente porque este personaje tipo está poco presente en la literatura mexicana del siglo pasado.



Como se aprecia en el facsímil <<https://lanovelacorta.com/facsimiles/la-de-los-ojos-oblicuos.pdf>>, la primera edición de la obra lleva una pequeña imagen de un rostro de mujer en la carátula y un *ex libris* —sello vertical con el nombre del autor que mide 2 cm de ancho por 5.5 cm de alto— en la página 3; imágenes que se deben a la pluma del entonces dibujante, publicista y caricaturista Carlos E. González, posteriormente muralista, director de escena vinculado al Teatro el Murciélagos y, en alguna ocasión, director de cine. El diseño de las letras de portada corresponde también al autor. El dibujo de esa mujer moderna con los ojos cubiertos por el fleco y reclinada hacia delante coincide con la imagen del personaje femenino por el que se nombra la novela. Reclinada hacia delante y acodada en una estrecha barra de bar, la boca pintada en forma de corazón, junto a

su brazo una copa chata de champaña a la usanza de la época, un moño alto de cabello rizado, collar largo de perlas que subraya un escote pronunciado, vestido negro de tirantes que parecen a punto de deslizarse, los tobillos finos realzados por el ribete de los calcetines y “zapatillas escotadas” con hebilla, como describe el libro, la totalidad de la figura realizada en pocos trazos corresponde por completo al perfil de la mujer de la publicidad que aparecía en esa época en publicaciones como *Revista de Revistas* o *El Universal Ilustrado*. Su forma de vestir remite por completo a la de la mujer joven de clase pudiente alrededor de 1920, época en que la sencillez de los vestidos y la difundida imagen de la moda en las publicaciones de todas las latitudes democratizan el diseño, que puede ser copiada y reproducida con otras telas y menores recursos. La viñeta de la portada parece un acercamiento o *close-up* de la misma mujer, ya sólo retratada en su rostro, posando a tres cuartos, en él llaman la atención justamente los ojos rasgados. Sin embargo, el *ex libris* y la imagen de portada aparecen también en *Canción de invierno*, volumen de cuentos del mismo autor publicado en 1920. Los libros funcionan como dupla, pues su diseño y aparición se deben al mismo dibujante y a la misma editorial. Se trata entonces más de un imaginario compartido que de ilustraciones puntuales.

Esta novela corta comparte rasgos de distintos movimientos. El autor, Guillermo Jiménez, perteneció para estos años al modernismo literario. Dicha corriente, como es sabido, emplea un lenguaje cosmopolita, muy poético, en cualquiera de sus géneros, además de utilizar vocabulario culto que resulta por eso mismo a veces poco natural, con su uso se marca una distancia frente al que empleamos cotidianamente. En estas páginas veremos que los esmaltes de las olas del lago son “feéricos”, las aguas color “zafiro”, la figura de la mujer resulta “gallarda”, los dedos del narrador son descritos como “hiperestésicos”. Se trata del lenguaje característico del estilo modernista, también por ello culto y elitista.

Sin embargo, no leemos sólo modernismo, sino su posibilidad final, ya un poco aletargada, que ve más allá: el mundo moderno al que se asoma el autor en esta narración coincide también con el inicio de las vanguardias, por lo que mucho de su ambiente se comparte entre esta historia y otras plenamente vanguardistas. El uso de extranjerismos, la predilección por los autos y medios de transporte, la actividad deportiva, las mercancías importadas, los personajes cosmopolitas, son abordados por ambas estéticas. La opción por la brevedad en novelas que se crean a partir de imágenes, juegos de lenguaje y ambientes más que historias, es otra importante estrategia compartida por modernismo y

vanguardia. Esta sensibilidad ya entonces visible anticipa la curiosidad con que Jiménez más adelante y al recorrer Europa conocerá las vanguardias en su momento y lugar de aparición. Asimismo, sabemos que después se vuelve más afín a ellas debido al contacto con su amigo, el también jalisciense narrador Juan José Arreola, así como por la relación con el chileno Pablo Neruda, ambos autores entonces vanguardistas.

De hecho, la búsqueda y espera del encuentro con la mujer recuerda mucho temáticamente y por ambientes y episodios a la narración estridentista *La señorita Etcétera*, del guatemalteco-mexicano Arqueles Vela, publicada apenas tres años más tarde, que puede también consultarse en este portal, entre los “Facsimiles” y en “Novelas en Campo Abierto”. Para entonces el aura admirativa en torno a la mujer que se anhela se ha desvanecido; las mujeres de Vela son varias, confusas e intercambiables, y hay más impotencia y enojo que nostalgia en la forma de narrarlas. Además, la lentitud de las estampas modernistas se vuelve vertiginosa en las vanguardias, las imágenes son más complejas por comparar objetos distantes y modernos. La presente novela corta es todavía más sensorial y sensual que las obras de vanguardia, desprende mayor voluntad de describir y hacer sentir estados y emociones a sus lectores, el tacto, la vista, el sonido se privilegian como formas de aprehensión. Por momentos

lo logra con un lenguaje sugerente y a la vez conciso, en otros momentos pesa el paso del tiempo y languidece.

Evocando lo que algún crítico definiera como el “efecto neumático”, en la narración de Jiménez todo resulta volátil, inasible, fiel al espíritu de una novela subtítuloada con acierto “Emociones”. Podríamos recordar que otras obras de la época suelen llevar subtítulos como “Novela de sensaciones”, “Novela subjetiva”, “noveloides”. Hay desde la crítica quienes prefieren denominarlas “novelas líricas” en oposición a su contraparte, la novela centrada en narrar una historia, no en sugerir un ambiente, una sensación, un estado de ánimo, una emoción.

Para concluir, sería posible considerar que, si esta edición de *La de los ojos oblicuos* se presenta dentro de la colección “Novelas en Tránsito” de *La novela corta. Una biblioteca virtual*, el sitio le corresponde claramente por presentar aspectos en transición en que convergen y coinciden movimientos y géneros literarios. Entre el modernismo y la vanguardia, entre la novela lírica y la crónica de costumbres. En este sentido, es muy útil contar con la obra en una biblioteca, pues da pie para leer y pensar su existencia dentro de una serie más larga de textos, entre los que podemos enumerar a varios otros autores. Carlos Noriega Hope en “La experiencia de miss Patsy” (*La inútil curiosidad*, 1923), Jaime Torres Bodet en *Margarita de niebla* (1927), Octavio N. Bustamante en

Invitación al dancing (1927), Xavier Villaurrutia en *Dama de corazones* (1928), José Martínez Sotomayor en *La rueda de aire* (1930), pero la idea del encuentro sentimental en realidad o fantasía con el escenario de la ciudad está presente ya desde “La novela del tranvía” (1882) de Manuel Gutiérrez Nájera. Desde otras latitudes, podemos encontrar ecos con obras menos inmediatas y ciertamente vanguardistas, al situarla por ejemplo frente a otra novela lírica de recuento de amadas con estampas sin nexo narrativo como *La casa de cartón* (1928) del peruano Martín Adán, o de varios cuentos del español Pedro Salinas en *Vispera del gozo* (1926). Dichos textos también brindan descripciones e imágenes para evocar el amor casi posible, perdido y anhelado. No queda más que recomendar a quienes se encuentran por leerla proceder con lentitud, relajadamente, para poder disfrutar de una novela breve de gran sutileza y un ritmo tan distinto al nuestro.

Ciudad de México, diciembre de 2022

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

*Al señor Tomás Sansano,¹
leve homenaje a su gran corazón.*

I
LA DE LOS OJOS OBLICUOS

Hacia calor primaveral, el sol tostaba sin piedad las hojas del bosque y prendía feéricos esmaltes en los perfiles volubles de las olas del lago.

Mi compañero —poeta, crítico de arte y diplomático, que sabe de la frivolidad y del encanto de París, de la diáfana melancolía de los atardeceres de Italia, del estrépito seductor de Nueva York y de las nieves que copiaron las pupilas abismadas de aquellas lindas princesas de cuento que se llamaron: María, Olga y Tatiana—² asegura a su pequeña nariz los arillos dorados de sus lentes, unos lentes grandes, redondos, unos lentes chic sujetos al cuello por una flamante cinta de seda, y continúa su charla jugosa y amena sobre el dulce y amargo Jules Renard.³

Habla lentamente, matizando la conversación con sutiles paradojas; sus opiniones son completas y tienen la sugestiva seguridad adquirida en luengas horas de estudio y luengas horas de pensar.

De pronto me invita:

—Vamos a remar, remar para mí es el *sport* más armonioso de todos, mire usted: el fuego del sol, el azul del cielo y el zafiro del lago... ¿qué más?... el verde y el aroma del bosque... Vamos a remar.

Cogimos una barca; los cisnes blancos y los cisnes negros se espantaron con los remos, y nuestras corbatas sueltas flotaban como banderolas de alegría a la gloria del viento.

Y mientras me cuenta de las ingravidas *skaters* de Rusia, sus ojos se clavan en la frágil silueta de una mujer que pasa por la orilla del lago.

—Vea usted —me dice en voz baja—, ¡qué mujer tan interesante, qué figura tan gallarda!

—Es amiga mía, se la voy a presentar, acerque la barca a la orilla.

—No, no, prefiero la emoción inquietante del misterio... ¡Pero qué ojos tan atractivos! Parecen de ícono sagrado.

—Sí, posee unos raros, unos admirables ojos. Su nombre...

—No quiero saberlo, llámela usted “la de los ojos oblicuos”...

Y siguió remando, jadeante, bañado de sol; y en las frondas se ocultó la musical silueta de mi querida, haciendo girar sobre su hombro la roja sombrilla, abierta cual una gigante flor.

II ÉSTA ERA UNA AMIGA GENTIL...

Necesitamos una amiga, una amiga gentil y deferente que cierre todos sus sentidos a nuestros juegos de amor; que no escuche el rumor de nuestros besos y que finja no darse cuenta cuando mi mano traviesa se esconda en la cabellera castaña de la mujer amada, o cuando mis dedos hiperestésicos provoquen la turgencia de su seno tibio.

Hoy la hemos encontrado: es sabia en amores, ha tenido tres amantes, y ahora que está casi a la mitad del otoño, se da el exquisito refinamiento de amparar al margen de su vida a dos corazones ligados por lírico festón de rosas prohibidas.

Es alta, morena, de grandes ojos, viste a la “inglesa”, lleva anteojos atrozmente exagerados; charla con afectada vehemencia y agita los guantes con marcada distinción; correctísima, afable, presume de “nervios” y más de una vez ha cenado, temblando de espanto, en el Waldorf-Astoria...

Su acento es ligeramente neoyorquino y le encanta sobremanera que se le repita que es muy, muy *smart*.

Nuestra amiga siempre dispone, es una maravilla:

—Esta tarde en el teatro, mañana en el bosque...

Y así, bondadosa, experta, maestra, señala día a día una ruta florida a nuestra juventud pasional.

Cuando “la de los ojos oblicuos” junta su boca delgada a mis labios anhelantes, nuestra gallarda amiga se pule las uñas, deshoja una flor, o entorna los ojos recordando, quizá, un triste, un lejano amor sin esperanza...

Al despedirse, a “ella” le llama *dear* y la besa silenciosamente; y a mí me tiende su mano, mano rígida, mano flaca, mano sin importancia; y nos dice con cariñosa autoridad:

—Mañana remaremos un poco a la hora del sol; y al atardecer tomaremos el té...

Y se va, rítmica y envanecida, saboreando el profundo egoísmo de tener glosados a su vida de leyenda, dos corazones envueltos en un canevá de ilusión flordelisado de fuego.

III EN EL *TEA ROOM*

Todas las mesas del café están solas. Es un café muy blanco, muy discreto y tapizado de espejos.

En el centro hay una vitrina que guarda preciosas cajas de chocolates y bomboneras elegantes que chorean listones. Sobre la vitrina un enorme jarro se desgrana en rosas.

Ella me da sus guantes, y sería, implacablemente sería, se contempla las uñas rosadas y pulidas y las venas azules de sus manos blancas.

Se acerca el mesero con la servilleta al brazo; es un mesero afeminado y lamido, que sabe hacer genuflexiones de amabilidad fingida.

—Lo de siempre —murmura el amor mío, mordiendo los labios finos y echándose el gorrito hacia la frente.

Lo de siempre es: chocolate, pastas, yemas, un poco de crema y fresas. Eso es todo...

Vuelve el mesero, estirado y alegre cual un comediante, haciendo prodigios de estabilidad con los platillos. Suenan los pozuelos, tintinean los cubiertos y chocan

los cristales; y se vierte el salero sobre un pastel, que fue hecho, tal vez, con la lírica receta de Edmond Rostand...⁴

Ella parece una canaria —una bella canaria encantada que se tornará en mujer— toma una almendra, una fresa y una poquita, nada más una poquita de pasta, empapada en chocolate...

Me pide sus guantes, el café se queda solo, y cogidos del brazo nos perdemos en la noche fragante.

IV

COMO LA DESIDERATA DE DAUDET

Carolina, por cariño o por vieja costumbre Cara, todo el mundo la nombra Cara.

Tiene los ojos verdes, de un verde de aguas quietas, de esas aguas muertas que en los vallados transparentan secas ramazones y hojas amarillas; son unos ojos insinuantes y en completa expectación a todo movimiento varonil.

Cara es una de esas dolientes vírgenes a medias, semipensantes, que pasan por la vida como sombras difusas, enflorando ilusiones y nunca realizan nada y, sin embargo, se conforman con una piadosa mentira galante o con una violenta caricia impúdica.

Vive en el entresuelo; por la mañana despierta cantando como una golondrina, hace su alcoba y luego se sienta a la máquina de coser, cantando también y pliega muse-linas o prende encajes para su hermana enferma —que es dueña de unas lívidas ojeras reveladoras y de unas largas manos ducales—; por la tarde, las dos hermanas se acodan en el balcón, mientras pasa la silenciosa teoría de un crepúsculo negligente.

Siempre que veo a esta pobre Cara, me acuerdo de aquella otra pobre desencantada, Desiderata Delobelle, creada por la ternura de Alphonse Daudet;⁵ se parecen en todo, ¡qué digo en todo!, únicamente se parecen en la pierna anquilosada y en el ritmo desigual y angustioso de su taconeo en las baldosas... Un, dos, un, dos...

“La de los ojos oblicuos”, cuando viene a verme, dice que en su alma se engarza una pena, sintiendo en el corazón el *leitmotiv* doloroso del andar de esa criatura, y el lamentable cantar, cuando Cara pliega muselinas o prende encajes para su hermanita enferma...

V EL MERCADER DE LIBROS

Este hombre, mercader de libros viejos, es una calamidad.

Entra a mi pieza con el sombrero encasquetado, el nudo de la corbata —una corbata roja a rayas negras, decorada con lamparones de grasa— muy flojo, demasiado flojo; el cuello amarillento, los puños de la camisa —una camisa color de olvido— completamente deshilachados; los pantalones con rodilleras; el chaleco sin botones y enfáticamente cortado de bolsa a bolsa por gruesa cadena de acero.

Habla rápidamente y silba las *eses* con enfadosa monotonía.

Es un judío indecente, que experimenta una loca y cruel voluptuosidad en arrancar de nuestras manos a los mejores amigos.

Presuntuoso y fatuo, es erudito a fuerza de mercantilismo perverso; y orgulloso como un pavo, cita a los clásicos griegos, a los latinos, habla de los románticos, de los parnasianos, de los naturalistas, de los simbolistas y hasta reza las teorías del futurista Marinetti.⁶

Enciende un tabaco y la bocanada de humo le hace entrecerrar los ojos en un gesto tan pedante y tan ridículo que mueve a risa.

—¡Ah!, ¿pero es usted el señor librero?

Se inclina reverente, sacude el polvo del sombrero, se acomoda la solapa del saco y silba complacido tres adverbios de afirmación: sssí, sssí, sssí sseñor...

Le propongo el negocio.

Sonríe, acaricia los libros, coquetea con las ediciones raras, regatea, hace repicar el oro en sus bolsillos, vuelve a regatear, se lamenta, casi llora; nervioso se enrosca en los dedos la cadena de acero; luego, indignado pone cara de vinagre y se da toda la importancia de un banquero de la Quinta Avenida... y, por fin, saca una bolsa sucia y abandona en mi mesa, cerca de una estatuilla de porcelana, las monedas de oro.

Estrecha mi mano, se inclina, y sonriente se aleja silbando las *eses*, ahogando sus pasos rudos en la alfombra.

Con este hombre indecente de pantalón de rodilleras, se van Gabriele D'Annunzio, Anatole France, Oscar Wilde y Maurice Maeterlinck.

Momentos después, mi vida es una rosa abierta; entra a mi pieza, radiante y seductora una linda mujer que usa pomadas ricas y polvos de Calliflore.⁷

VI HISTORIA DE UNA NUBE

Son las seis de la tarde, de una tarde como todas las tardes; aparece una nube en el confín y en el viento se derrama el rumor de un claxon que se aleja.

La hora pasa serenamente y como no tenemos prisa, ni ella ni yo hablamos una palabra.

La nube remeda una brasa...

Si el amor no tuviera ligeros enojos, sería monótono y gris como un perenne rezar de lluvia; no tendría el supremo encanto de las reconciliaciones y...

Amaranto se torna la nube misteriosa...

Me quedo contemplando el hechizo de sus ojos oblicuos y ella, arqueando las cejas, murmura un vocablo:

—¿Qué?

—Nada.

La nube es violeta...

Bellamente distraída, adorablemente displicente, anuda el pañuelo.

—Oye, paloma.

Encoge los hombros, hace un coqueto mohín con la boca, me echa los brazos al cuello y revienta en su garganta un gorjeo de cristal.

Se muere la nube, y en el fondo brumoso palpita una estrella cual una margarita de oro.

VII MI AMADA NO GUSTA DE LOS LIBROS

Voy contando maquinalmente los escalones que vamos dejando: cuatro, cinco, seis...

Arriba, el taller decorado con óleos, acuarelas y pasteles, de un viejo pintor que vivió en Montmartre: un Rodin, un Beethoven, tres o cuatro escenas del antiguo París, un retrato de *miss* Stuart, bailarina del ballet, amapolas, chícharos... En un rincón, un diván que luce telas indias y cojines de sedas labradas; en el centro, bajo el tragaluz, el caballete, la paleta, los pinceles, y en las mesas, bibelots, libros y rosas frescas...

Visitamos a este artista —que le obsesionan las palabras extranjeras: *cachet*, *snob*, *cocotte*, y que lo mismo pinta a lo Rembrandt que a lo Carrière y que tiene un marchito rostro de Billiken que se hiciera viejo—⁸ porque sí, como si comiésemos fresas o comprásemos flores.

Diez, once, doce...

Afuera, la ciudad hirviente...

Caminamos sin rumbo, bobeando las vitrinas de los joyeros y los escaparates de los libros.

Ella no gusta de los libros, como no entiende a Aubrey Beardsley, prefiere ver telas y encajes a deletrear los nombres de Georges Bernard Shaw, Marcel Schwob, Rodenbach y Sidney Place...⁹

Me acuerdo que un día se le desprendió de las manos liliales un libro de Walter Pater; y otro día se conformó con poner en la primera página de *La hija de Iorio*,¹⁰ con letra menudita y graciosa, cinco palabras: “La de los ojos oblicuos”...

Y seguimos caminando, bobos, inconscientes, alegres, con la exquisitez amable de no saber ni a qué, ni adónde vamos; somos pájaros perdidos que en cada rama cantamos un himno triunfal a la luz dorada del sol.

VIII UN SENO PEQUEÑITO

*Recordando el espíritu seráfico
de Alfredo Velasco*¹¹

A delante, indicó cortésmente el doctor tendiéndonos una mano velluda, mientras con la otra se enjugaba una lágrima que emanaba de su trágico ojo de esmalte.

El consultorio olía a yodoformo y a inyecciones rotas; en los anaqueles dormían libros enormes y retratos de celebridades médicas; sobre la mesa de operaciones estaba un infolio abierto cuajado de estampas con entrañas enfermas, miembros desollados y tumores cancerosos; olvidado entre los aparatos de cirugía un poema del viejo Hugo, y en el escritorio un tabor de lilas blancas y una pálida figurita del santo limosnero de Asís.

EL DOCTOR (*paternalmente*). —Haremos un reconocimiento, locuela, hazme favor de descubrirte el seno.

ELLA. —Sí, doctor —y encendida de rubor, huraña cual una gacela, hizo brotar entre blondas un seno pequeño, tibio, blanco, que transparentaba las venas como senderos ideales.

Un gesto de ironía se cuajó en el cansado rostro del sabio y con su ojo único me miró fijamente.

EL DOCTOR. —Yo no lo haré, no hay que perder tiempo...

Yo me mordí los labios sintiendo que se me desmayaba el corazón; y ella sonrió perversamente, diabólicamente, como si fuera la cosa más natural del mundo.

En la calle, así, sin dar importancia a todo lo pasado, compramos un racimo de uvas frescas, opulentas, y en un coche de bandera azul se unieron largamente nuestras bocas...

IX PAJARITAS DE PAPEL

Rubia, de largas pestañas, las pupilas glaucas, como dos piedras preciosas que se hicieran líquidas; la nariz un poquito remangada y la boca en forma de un pequeño corazón; menudita cual una muñeca de Sèvres y sus manos pálidas,¹² tersas y afiladas como las manos de las santas vírgenes pintadas en los retablos de los viejos claustros, que apenas sostienen entre el pulgar y el índice el embeleso de una azucena hecha de lágrimas de luna... Así era María Luisa.

Nunca le dije nada, éramos niños; yo todavía no leía novelas, tenía los codos de la blusa y mis zapatos rotos y ella llevaba el dedo en la boca y las pantorrillas al viento...

Cuando cumplí quince años, Berta me besó a hurtadillas en plena boca; esa noche no dormí; asustado, bajo las sábanas recordaba con ansiedad sus labios jugosos y el madrigal de sus ojos astrales.

Después, en la soledad del huerto, junto a una fuente que cantaba, Berta, amorosa, me brindó su madurez espléndida...

Concha tenía la arrogancia de una marquesa y el mágico atractivo de la fruta prohibida.

Han pasado los años y, sin embargo, recuerdo cuando inclinó en mi hombro su cabecita orlada de rizos negros, entornó los ojos y sus pupilas brillaron como dos estrellas mojadas al través de la rejita de sus pestañas, y me dijo:

—Ya vete, van a despertar mis hijas...

Y sigo soñando, con los ojos abiertos, mientras la más querida, “la de los ojos oblicuos”, sensibiliza una página de *magazine* haciendo, una, dos, tres pajaritas de papel.

X MÚSICA EPISTOLAR

La última vez que me habló, dulcemente me hizo un reproche por no sé qué bobería. ¡Ah, sí! Que cuando en el bosque sonaban las doce, me repitió tres veces:

—Son las doce.

Mientras yo, distraído, seguí bordando arabescos en la arena con una rama sin hojas.

Ése fue su sentimiento... Cosas sin consecuencias, pero cantaba en mí la necesidad de enviarle una disculpa.

El papel en que escribí era un amarillo de abolengo, de un amarillo de marfil viejo; al trasluz tenía un escudo con cuatro cuarteles, en cada cuartel un lirio en campo de gules.

Tenuemente aromé el sobre y después de cerrarlo, le di un largo beso, ahí donde decía:

A la de los ojos oblicuos.

En el pliego, mis patas de mosca:

Querida:

Hoy hace cuatro, no, cinco días que no te he visto para nada, y que no sé de ti una sola palabra.

Haces bien, antes que tu hastío prefiero la honda pena de no verte.

¿Qué si te guardo rencor? Sí y no. Sí, porque te quiero locamente; y no, porque el derecho que te das de dejarme a los diez meses, lo tendría yo para olvidarte a los doce; tú me has ganado y... ¡qué más da! Lo que siento es la tragedia tan intempestiva de tu resolución; sin un enojo y ni siquiera quedarnos el acre, el sádico placer de habernos despedido como la gente *bien*.

Vaya, sabes que te adoro; mira: hoy te espero en casa a las tres de la tarde, vendrás risueña y aleteante como una alondra que retornara al nido... Vendrás con tu vestido a cuadros negro pasado con aquel gracioso cinturón de charol.

Si a las tres no vienes, todo ha concluido.

Besos, muchos besos.

Son las tres, mi pieza está íntegra de perfume y “ella” tiembla cual una radiante y enorme flor de seda en medio de la estancia.

XI GRAGEAS

Es medianoche.
Llueve.

La lluvia canta sobre la marquesina del patio con delicioso clamoreo.

En la tibieza de la alcoba escuchamos la voz fervorosa de la “hermana agua”,¹³ sin decirnos una sílaba. Sus trenzas se deshacen entre los encajes de la almohada.

Lleva un traje color “topo”.

—Mira qué romántico eres, has besado mi retrato.

—¿En qué conoces, chiquilla?

—En que el cristal tiene la huella de tus labios.

Con el encanto de un mágico surtidor, brota su risa, su risa que es una melodía.

—Bésalo.

—No, ¿por qué? Mejor te besaré a ti.

—A mí después, besa al Billiken, anda, toma; me hizo un milagro.

—¡Qué caprichos!

Y sus labios estallaron en el bibelot sonriente.

Está desnuda entre los cojines; tiene las soberbias ondulaciones de una preciosa gata de angora.

Yo (*regando la fragancia de su cuerpo con húmedos chícharos azules*). —¡Eres una visión de Eleusis!

ELLA (*apretando los dientes, cerrando los ojos y temblando por el rocío de las flores*). —¡Siento que me besan diez mil bocas...!

Escribo en la primera página de un libro del señor conde Mathias Philippe Auguste Villiers de L'Isle-Adam:

Hoy es el primer aniversario que mis labios supieron de los labios de “la de los ojos oblicuos”.

Es cierto: el amor envejece.

XII Y SE PERDIÓ EN LA LLUVIA DE LAS HOJAS

Antes de calzarle las zapatillas escotadas, besé amorosamente el arqueo elegante de sus pies breves.

—Eres un loco —murmuró acariciando mis cabellos.

Abrí el balcón, una dulce claridad ambigua se coló por los cristales. En el fondo helado del paisaje reían las estrellas.

—No hagas luz, deja vestirme.

—Dame otro beso, aquí, en las pestañas.

—¿No digo bien? Eres un loco —y me dio un beso tan largo, que sentí en el corazón el temblor de su boca de seda.

Después, mis dientes de lobezno supieron de la suavidad de sus hombros egregios.

—¡Qué redondos, qué tibios, qué blancos son tus hombros!

—¡Mira, mira!

Y se vistió entre risas y besos...

—Este tirante me rompe sin piedad la media —me dijo llena de gracia, haciendo un hipócrita mohín de enfado—, ¿ves?, ¡es una lástima!

Hice luz, su cuerpo se duplicó en cada espejo y sus ojos encantadoramente oblicuos se posaron en un pequeño gladiador de bronce.

Mientras aflojaba la mata olorosa de su pelo castaño, sus labios modelaban mil preguntas.

—¿Verdad que ya es muy noche? Dime la hora.

—Son las ocho, mi vida.

—¿Y mis horquillas?

—La grande está en el tocador, junto a las flores, y las otras perdidas en la cama.

—¡Dios mío, si la cama está deshecha! —moduló hundiendo en las sábanas de lino sus manos blancas, como dos lirios en la nieve.

La besé en la nuca, la besé en los ojos, me besó en la boca... y luego me dijo:

—No salgas conmigo, no me acompañes, iré sola, tomaré un coche.

Se envolvió en su abrigo y se fue sin hacer ruido.

En la calzada, las hojas caídas se morían de frío.

Olvidados en el tocador estaban sus guantes y entre las almohadas había un pañuelo de seda orlado de rosa, que tenía bordadas sus tres iniciales...

XIII

LE SOUVENIR D'AUTRES YEUX

La conocí en una butaca del circo, cuando un perro hacía piruetas funambulescas sobre el lomo lustroso de un caballo cabriolante.

Reía de todo, del *clown*, del frac del *clown*, de los zapatos del *clown*; su risa cristalina cantaba cual un cascabeleo...

Al oído me dijeron: “Es *detective*”, ella me confesó después que vivía en Nueva York con un viejo agente de finanzas... ¡Qué sé yo!

Cuando me presentaron, murmuró secamente: “*miss Dresser*”, y me alargó su mano izquierda, que lucía un ópalo turbador en el índice.

Fuimos amigos, cenamos juntos y una de las últimas tardes de invierno vino a verme llena de *spleen*.

Traía un gorrito de plumas tornasol y un traje color canela; en las quirománticas manos, un ramo de rosas...

—Me voy —moduló con ternura—, vine a decirte adiós.

—¿Te acordarás de mí?

—*Yes, my love, yes...*

—¿Me escribirás?

—*Oh, yes, yes...*

Los rizos dorados temblaban sobre su frente y se nublaron las pálidas violetas de sus ojos.

Yo sentí pena. En el fondo de aquellos ojos marinos, vi el milagro de otros ojos; si no tan dulces, sí más intensos, sí más amados; vi las aguas de té de aquellos crueles ojos oblicuos que cerré incontables veces, amorosamente con mis besos.

XIV DIÁLOGOS FURTIVOS

YO Y MI OTRO YO

MI OTRO YO (*fijándose en el tocador*). —¿Y para qué guardas aquí junto al espejo estas dos copas champañeras?

Yo (*haciéndome el nudo de la corbata*). —Es que en ellas bebimos “la de los ojos oblicuos” y yo.

MI OTRO YO. —Rompe la copa en que bebió ella.

Yo. —No sé cuál es; romperemos las dos.

MI OTRO YO (*coge las copas y las arroja por el balcón*). —En el asfalto candente hay un argentino fracaso de cristales.

BAJO EL SOL

Vine al bosque, como pude ir a jugar un partido de *basket*.

En una banca, “la de los ojos oblicuos” luce un traje crema, de primavera; a su derecha “él” (que tal vez ha

besado sobre mis besos) y a su izquierda una amiga deferente, pero vulgar.

Cuando paso frente al grupo percibo las voces:

ÉL (*lentamente, matizando sus frases con apasionados giros*). —Repítelo: ¿yo soy el único a quien tú has besado?

ELLA (*trémula de candor y jugando con la sombrilla*). —Sí...

LA AMIGA (*con voz afónica*). —¡Qué cielo tan azul!
Y el sol se deshace en polvo de oro...

XV SERENAMENTE...

Estoy pleno de serenidad, mi espíritu se ha desligado de toda complicación; infantilmente me divierto en el lloro de un tenue soplo de viento o con el soliloquio, siempre igual, de la fuente olvidada, que entre los rosales agobiados de botones finge benedictina viñeta de pasados siglos, y que está puntuada con inquietos peces de colores.

Nunca creí este desprendimiento tan absoluto ¡claro está!; hubo día que sentí la tortura del amor perdido y después el dolor de haber dejado de amar; pero ahora nada, estoy acoplado íntegramente a la clara indiferencia de la tarde.

Romanticismos: en estos días de angustiosa transición, he leído varias novelas escritas por esos demonios de franceses que se complacen en diseccionar almas;¹⁴ y al cerrar el libro pienso candorosamente: “él” soy yo, y “ella” es “la de los ojos oblicuos”; y estas amables cosas enfermizas y estos desbordamientos de juventud y estos dulces refinamientos, los hicimos juntos.

En secreto, guardo el orgullo de tener la seguridad de que también ella, cuando trenza la seda de su cabellera castaña y se queda absorta frente al espejo, con las horquillas entre los dientes, idéntica a mí en serenidad, se ha de acordar de nuestras citas en las noches frías, del deshojamiento sonoro de nuestras risas, de mis frases de amor y más de una vez ha de repetir mi nombre, en voz tan baja, como para que no lo escuche su corazón; en tanto que en el tocador, trémulo se desmaya un puñado de claveles, y de un frasco abierto brota, sutil y misterioso, el suspiro de un perfume, blandamente, serenamente...

NOTICIA DEL TEXTO

La de los ojos oblicuos se publicó en la editorial Librería Española de la Ciudad de México en 1919. Con antelación, aparecieron un par de fragmentos en *El Universal Ilustrado* el 14 de marzo (p. 5) y el 25 de abril (p. 12) de 1919. Como puede advertirse en la edición facsímil de la primera edición de esta novela, recuperada por el acierto de su diseño tipográfico, éste juega con la distribución del texto. La caja ocupa una parte reducida del centro de cada página y los extensos márgenes subrayan el carácter lírico del relato; así las frases sueltas adquieren peso poético y la narratividad se adelgaza, anticipando la ligereza de las novelas como nube de la siguiente década en México.

En 2007, *La de los ojos oblicuos* fue reeditada junto con *La canción de la lluvia* en la colección Licenciado Vidriera de la Universidad Nacional Autónoma de México, con una introducción de Antonio Saborit.

La Universidad de Guadalajara recogió esta novela corta en el volumen *Obras escogidas. Narrativa y teatro* (2012).

GUILLERMO JIMÉNEZ
TRAZO BIOGRÁFICO

Escritor y diplomático jalisciense, Guillermo Jiménez (Zapotlán el Grande, 9 de marzo 1891; Ciudad de México, 13 de marzo 1967) estudió en Guadalajara, donde inició una prolongada carrera periodística. En la Ciudad de México publicó la columna “Crónicas Frívolas” para la revista *Vida Moderna*. Posteriormente dirigió las publicaciones periódicas *Número* y *El Libro y El Pueblo*. Fue columnista de *Revista de Revistas*.

En su obra narrativa destacan *Almas inquietas* (1916), *Del pasado* (1917) *La de los ojos oblicuos* (1919), *La canción de la lluvia* (1920), *Constanza* (1921), *La ventana abierta* (1922) y *Zapotlán* (1933). Dedicó parte de su trabajo ensayístico a la obra de Ramón del Valle-Inclán. En 1919 compiló el volumen *Amado Nervo y la crítica literaria*, primer trabajo en torno a la recensión del escritor nayarita.

Para ampliar la información acerca de la trayectoria vital y profesional de Guillermo Jiménez, véase la presentación a la primera edición en el siguiente enlace:

NOTAS

¹ Tomás Sansano Buyolo [1869-¿?] fue un comerciante, nacido en Elche, Alicante, España. A causa de la posguerra, emigró a México; llegó al puerto de Veracruz el 23 de julio de 1912. Se desconoce el año y la causa de su traslado a la Ciudad de México, pero para 1920 aparece como el propietario de la Librería Española, casa editora de la obra de Guillermo Jiménez. En 1930 vivía en el número 7 de la calle Mayorazgo, Colonia del Valle, y en 1937 mudó su domicilio al número 15 de la misma calle. En su artículo, Juan Pascual Gay sugiere que la dedicatoria de *Los ojos oblicuos* se debe a la fraternidad del autor de Zapotlán, Jalisco, con el empresario español, pues “no es difícil conjeturar que el destinatario fue quien recibió al autor en su casa de la Ciudad de México, procedente de Guadalajara, y quien le ayudó a adaptarse en sus primeros meses de estancia. Lo más probable es que se tratara de un amigo de su padre que le hizo el favor de hospedarlo”. Juan Pascual Gay, “Guillermo Jiménez, entre el Modernismo y la Modernidad”, *Journal of Hispanic Modernism*, vol. 6, 2015, p. 22, <<https://bit.ly/3XEZkls>>, [consulta: enero de 2023]. “Departamento Universitario y de Bellas Artes. Propiedad que se ha reservado el señor Tomás Sansano”, *Diario Oficial. Secretaría de Gobernación. Órgano del*

Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, t. XV, núm. 27, 9 de junio de 1920, p. 215, <<https://bit.ly/3XQ6lK8>>, [consulta: enero de 2023]. “Ficha personal de Tomás Sansano Buyolo”, *Movimientos Migratorios Iberoamericanos*, <<https://bit.ly/3H75CTH>>, [consulta: enero de 2023].

² Las duquesas Olga [1895-1918], Tatiana [1897-1918], María [1899-1918] y Anastasia [1901-1918] Romanov fueron hijas de Nicolás II [1868-1918] y Alejandra Fiódorovna [1872-1918], últimos zares de Rusia. Formadas como enfermeras, las dos hermanas mayores atendieron a soldados heridos en un hospital militar durante la Primera Guerra Mundial. Toda la familia Romanov fue asesinada en 1918 por los bolcheviques durante la Revolución rusa. Helen Rappaport, *Las hermanas Romanov. Vida de las hijas del último zar*, Sandra Chaparro Martínez (traducción), México, Debolsillo, 2018.

³ Pierre-Jules Renard [1864-1910] fue cuentista, novelista, poeta, crítico literario y dramaturgo francés. Formó parte de la Academia Goncourt y fundó la revista *Mercur de France*, junto con Jean Moréas y Ernest Raynaud, entre otros simbolistas. Algunas de sus obras más reconocidas son *Poll de carotte* [1864], *Histoires naturelles* [1894] y la publicación póstuma de su *Journal* [1925]. Su trabajo se distingue por una marcada ironía, acompañada de una visión desencantada pero profundamente sensible de la vida. <<https://bit.ly/3Hhbyti>>, [consulta: enero de 2023].

⁴ Se refiere a la receta “Cómo se hacen las tortas de almendras”, composición leída por Ragueneau —pasteleiro y aspirante a poeta—, a sus compañeros: “Batid las claras, y espumosa masa / forme montañas como el mar airado; / zumo de sidra le añadid y leche / de almendras dulces”. El fragmento citado corresponde a la escena IV del segundo acto de *Cyrano de Bergerac*, obra de Edmond Eugène Alexis Rostand [1868-1918], Barcelona, Imprenta La Renaixensa, 1899, p. 60, <<https://bit.ly/40f0F2a>>, [consulta: enero de 2023].

⁵ Désirée Delobelle es un personaje de la novela *Fromont Jeune et Risler Aîné* [1874], de Alphonse Daudet [1840-1897].

⁶ Filippo Tommaso Marinetti [Egipto, 1876-Italia, 1944] fue un escritor, editor e ideólogo fascista, considerado fundador del Futurismo, primera vanguardia italiana y base del fascismo de Benito Mussolini. Publicó su “Manifiesto du Futurisme” [1909] en *Le Figaro* de Francia. Fundó el Partido Futurista en Italia durante 1918, de corte nacionalista, anticlerical y antimonárquico, fue fundamental para el ascenso de Mussolini al poder en 1922. Asimismo, se integró a la Reale Accademia d’Italia en 1929 y participó en la Segunda Guerra Mundial, aunque cayó enfermo y volvió a Italia donde falleció de un ataque al corazón. “Marinetti, Filippo Tommaso”, Instituto de la Enciclopedia italiana, <<https://bit.ly/3lf3mKH>>, [consulta: enero de 2023].

⁷ Polvo facial aromático usado por las damas a principios del siglo xx.

⁸ Muñeco de buena suerte diseñado en 1908 por Florence Pretz, una profesora de arte de Missouri. En las primeras décadas del siglo xx el muñeco figura como logotipo en muchos productos estadounidenses. Desde entonces el Billiken es la botarga-mascota de la Universidad de Saint Louis.

⁹ Sidney Place, seudónimo de Xavier-Marcel Boulestin [1878–1943], esteta decadentista y prestigiado cocinero de Londres. Escribió *Les Fréquentations de Maurice. Mœurs de Londres* (1911).

¹⁰ *La figlia di Iorio* (1903) es una tragedia pastoral en tres actos del escritor italiano Gabriele D'Annunzio (1863-1938). La obra tuvo mucho éxito y fue adaptada como ópera por el compositor Alberto Franchetti en 1906.

¹¹ Nacido en Zapotlán, Jalisco, Alfredo Velasco Cisneros (1890-1967) fue profesor, poeta y promotor cultural. En su juventud, ingresó a la Academia Militar y posteriormente fue docente de educación básica. Fue uno de los fundadores del grupo cultural Arquítobre; editó diversas publicaciones como revistas, panfletos y boletines.

¹² La fábrica de porcelana de la ciudad francesa de Sèvres se hizo famosa por sus productos artísticos a partir de la segunda mitad del siglo xvii.

¹³ “La hermana Agua” es un poema extenso de Amado Nervo (1870-1919) en el que se personifica al elemento en

todos sus estados: el vapor, el hielo, la nieve, la bruma, etcétera. La evocación del agua se produce en un contexto místico y panteísta. Amado Nervo, “La hermana Agua”, en *Poesía reunida*, Gustavo Jiménez Aguirre, Eliff Lara Astorga [edición y estudios], México, Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, pp. 318-326.

¹⁴ La idea de diseccionar almas se origina en la novela psicológica de Paul Bourget, donde el modelo anatómico naturalista se combina con la introspección, lo que se expresa en la idea de la “vivisección de un état de âme”. Véase Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 59.



La de los ojos oblicuos se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 30 de marzo de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA Córdova. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ.